



EDICIÓN ESPAÑOLA

Méndez Alvaro, 2, 1.º

Apartado 547.

*Horas: de dos á cuatro de la tarde*

## SUMARIO

CÉSAR JALÓN

Sección vermouth.

JOSÉ VALLESPINOSA

Pecadora santa.

E. LÓPEZ BUSTAMANTE

Diálogo de Otoño.

ANTONIO CINTOS SANTIAGO

«La bachillera».

D. GUANSÉ SALESAS

De sangre azul.

BÉTICO, TINO, GARRIDO,

CARLOS Y MORALES

Varios dibujos y retrato de Adela Margot.

## CARAS BONITAS



ADELA MARGOT

Hermosa cancionista que ha realizado una brillante actuación en el teatro Madrileño. Por su hermosura, su voz y su donaire, Adela Margot es figura preeminente en el género de «variétés».

**5** céntimos

# SECCION VERMOUTH

## Cuestiones intrincadas: Las subsistencias.

Por mi gusto, que, tal vez, fuese en esta ocasión el gusto de los demás, trataría en esta «vermouth» de la crisis del amor, agudizada de más en más, á medida que la guerra se prolonga fuera de medida.

El conflicto planteado por las abastecedoras de amor, dificultando el mercado, sería tema delicadísimo á tratar en esta sección; pero vivimos en plena Inquisición periodística, y no nos es permitido correrlos lo más mínimo en nuestros pensamientos ni en

nuestras palabras. Quiero creer que tampoco en nuestras obras.

Anda, por ahí suelto un sátiro de bastidores que, erigido por sí y ante sí—y ante las actrices de los principales teatros de la Corte—en «presidente» del Santo Oficio, acusa de sabe Dios los delitos á cuantos periodistas no rinden pleitesía á su «gruyeresca» ca-beza.

Si yo hablase de la cortesanía de Atenas, de las hembras galantes que acreditaron en el mundo—en el «mundo galante»—los mercados de Lesbos, Corinto y Mileto; si yo osase comparar lo que ocurre en nuestros paseos pú-

blicos con lo que siglos ha hubo de ocurrir en La Cerámica de Atenas, correría el grave riesgo de ser acusado de antipatriotismo, con todas las consecuencias de reunión de directores, siquiera estas reuniones no tengan ninguna consecuencia.

Respetando, pues, lo que ha empezado á ser el abecé del honor del periodista, voy á derivar la cuestión á un orden más... prosaico.



De la intrincada cuestión de las subsistencias, puesta de nuevo sobre el tapete, es decir, sobre el «mantel», excluire la mujer para ocuparme de los demás productos alimenticios de primera necesidad.

## ANIMALES INTELIGENTES

TUVO



—¡Qué rico! ¡Cómo levanta la patita! ¿O es qué la tiene siempre levantada?

—No, mujer. Eso es sólo cuando se encuentra alguna conocida.

—La verdad es que algunos animales se conocen con algunas personas.

Ya no es un telegrama doliéndose de que no tienen leche en Jerez, y de que la poca que les es llegada se encuentra en malas condiciones. Es que desde la aldehuela más obscura—lo que ya supone un conflicto de luz—llegan á diario horripilantes conflictos del pan.

«El vecindario—dicen al ministro— protesta en masa de la carestía de las harinas. Comprenda V. E. que las harinas son muy necesarias á la masa.»

«Las jóvenes horneras de Valdeca-bras comunican á V. E. que ponen su horno á disposición de las autoridades; que no pueden elaborar más pan, y, en fin, que no están sus hornos para bollos.»

Y así, muchos. (Muchos telegramas; no muchos bollos.)

Lo peor es que la cuestión nutritiva no está constreñida á los pueblos pequeños. De ningún modo. La levadura va á escasear igualmente en las capitales de provincia y hasta en la Corte.

En eso debemos envidiar á los alemanes, pues, si no miente el telégrafo, el Kaiser ha ordenado hacer una leva, y la leva-dura todavía.

En la Villa y Corte, en cambio, según referencias un tanto pesimistas, vamos á ayunar, así los que hemos cumplido (¡ya lo creo!) veintiún años como los que acaban de echar la dentición, que, dicho sea de paso, maldito para lo que les va á servir...

Menos mal que, para alivio de nuestro apetito desordenado de comer y beber—para los de arder siempre habrá ocasión—, se da por seguro que, al finiquitar la guerra europea, los grandes propietarios supervivientes de ambos bandos beligerantes irrumpirán en la Villa del Oso para, tranquilamente, reponerse de las fatigas experimentadas en esos campos de batalla.

Y entonces seremos nosotros los que pasaremos fatigas, si ya no las estudiésemos pasando.

Otro tanto que con la leche y con el pan sucede con el producto de las gallinas. Ha pasado San Antón, y no se encuentra un huevo ni para un remedio, y eso que el santo no desconocía que hay remedios que exigen por lo menos dos, y de ahí el adagio: «San Antón: la gallina pon.»

Con todo esto, los tenderos de ultramarinos, con preferencia á los de los demás gremios, se aprovisionan, preparándose para el porvenir

Porque es lo que ellos dicen: acabado el crédito en los Bancos y depreciado el papel-moneda, no quedará más mercado que el directo entre la mercancía y la medalla profana de cobre y plata.

Esto es: tanto tienes, tanto vales. El dinero no admitirá más negociación que la de adquirir comestibles y vinos de mesa. Y se cambiarán cinco duros

## EL TEATRO CONTEMPORANEO



Ella.—Qué aburridísimo está el teatro. ¡Y pensar que en los cines se pasan estas horas la mar de entretenidas!

por una botella de Champagne, no por un billete, y habrá mujer que sepa agradecer una cena en lo que vale, cuando, hasta ahora, una cena era lo de menos...

Y en la próxima Primavera habremos llegado á un extremo; que obtener un huevo costará un real, y, recíprocamente, obtener un real costará

# PECADORA SANTA

DE la hermosa novela de José Vallespinoza publicamos, para regalo de nuestros lectores, el siguiente fragmento.

## Sacrificio.

Y sucedió que un día tuvo el doctor Amorina la malhadada ocurrencia de visitar espontáneamente la casa de Daniel, porque allí estaba su alma, su verdadera alma, su complemento, y porque había llegado a hacerse intolerable la vida sin ver diariamente los ojos de Consuelo, de la mujer que había despertado su corazón y le había hecho co-

tórica, suelen ser unos hombres perfectamente tranquilos y egoístas, y en ocasiones miserables.

Y como en el fondo de todas las mujeres hay un poco de crueldad, un poco de curiosidad morbosa, otro poco de vanidad y un mucho de amor al peligro, Consuelo preguntó á don Juan Amorina, mirándole rostro á rostro: «¿No ha estado usted enamorado nunca? ¿No lo está usted ahora con nadie?» E implacable seguía: «¿Por qué es usted tan hurafío, tan misántropo, tan enemigo de las gentes, sobre todo de nosotras las mujeres, que somos todas ó casi todas tan compasivas?»

Amorina, durante un buen espacio de tiempo, no contestó; permaneció callado, inmutable, como si entablara una larga y silenciosa lucha con su conciencia...

Y ruidoso, incontenible, dominador, asfixiante, surgió el primer sollozo, y luego otro, y otro...

¡Llanto silencioso y viril de los hombres que, condenados á la tortura de dominar nuestros sentimientos, llega un momento en que nos ahogan; lágrimas de varón, mil veces más terribles, más hondas y conmovedoras que todas las que ha lanzado el rebaño femenino desde nuestra madre Eva, yo me inclino, estremecido, ante vosotras!

El silencio fué roto por Consuelo.

«Por Dios, Juan, ¿por qué lloráis? ¿Acaso he tenido yo la culpa con mis impertinentes

preguntas.»

Antes de acabar estas palabras, algo potente, avasallador, superior á todo su ser, algo que rompía sus vanos disimulos se impuso en él, y, cayendo de rodillas, besando enloquecido y delirante la falda, y apoyando la cabeza entre las piernas de Consuelo, exclamaba ahogado por el hipo grotesco y doloroso de sus lágrimas: «Es una imprudencia, una locura; pero te adoro, os adoro con toda mi alma... y soy un desgraciado...»

Consuelo callaba; no sabía qué hacer. Á Amorina nunca podría amarle; su corazón era solamente de aquel que le había hecho gustar refinamientos, sutilezas y delicadezas carnales que

## ACLARACIÓN



—¿Se refiere «us ó» á mí?

—A los ócs, sei oritos. Es la chapa de los abrigos.

nocer que «vivía» y para qué se debe vivir.

Estaba sola, y hablaron. Hablaron largamente de todo: de todo lo divino y humano. Y el tema último que tocaron, el preferente, el que estaba en los labios y en el cerebro de ambos, fué el amor.

Don Juan Amorina negaba resuelta y elocuentemente este sentimiento, mientras el matiz trémulo de sus pobres palabras ponía una nota irónica en la brillantez de su dialéctica.

¿Qué extraña paradoja! ¿No lo habéis observado? La mayor parte de las veces, el escéptico, el irónico, es un romántico disfrazado, y los brillantes, los pomposos, los de la exaltación re-

## DOCTRINAS CLERICALES



—Sí, hermana: LA HOJA DE PARRA se debe leer por si trae algo que nos convenga. Sirva de ejemplo el padre Torcuato, que publicó en «A B C» una opinión favorable de la tercera plana de «España Libre», y no recogió otra desfavorable que en primera plana publicaba el mismo diario.

hombre alguno la enseñó en su experimentada vida de cortesana. Al hombre que había devuelto la vista á Daniel le admiraba con fanatismo religioso; le quería de una manera dulce, plácida, tranquila, fraternalmente, por la afinidad de ideas, gustos y sentimientos; por gratitud, por compasión; pero no vibraba, no ardía ante él; no era amor lo que sentía por Juan; el amor es algo más sublime ó menos sublime, algo superior ó inferior á este sentimiento; pero es otra cosa muy diferente...

Su alma de santa, su alma compasiva, que se elevaba más allá del «Bien y del Mal oficial»; su alma, que no conocía leyes ni costumbres sociales, sino solamente la voz divina del «Sentimiento», se impuso en ella gallarda, hermosa, sublime, y levantando del suelo al pobre, contrahecho le enlazó entre sus brazos, cubriéndole de largos y apasionados besos...

Y ante el divino asombro de Amorina se mostró bellamente impúdica.

Desabrochó la blusa, quitóse la faja da nerviosamente, y cayendo en una

«chaisse-longue» propicia que estaba allí cerca de donde hablaban, le dijo: «Mira: tómame; soy tuya»...

## Después.

Cuando Consuelo volvió á la realidad de la vida, después de su éxtasis altruista, de su misticismo carnal, comprendió con terror, con ese terror que los grandes enamorados sienten al pensar que sus faltas no sean perdonadas, no puedan ser perdonadas por los seres á quienes adoran, la transcendencia enorme de aquel momento de sacrificio.

Amorina, como todos los enloquecidos por el vino fuerte y fatal del amor, sería ciego y sordo á las conveniencias sociales, al pudor, a la propia visión de su triste figura, incapaz de enamorar á mujer alguna, y menos á ella, poseedora de un hombre que lo reunía todo: juventud, belleza, fuerza, inteligencia, lealtad.

No se contentaría con haber probado una vez tan sólo las delicias inestimables y divinas de su cuerpo incomparable. El verdadero enamorado, como el glotón, no se sacia nunca: cuando ha

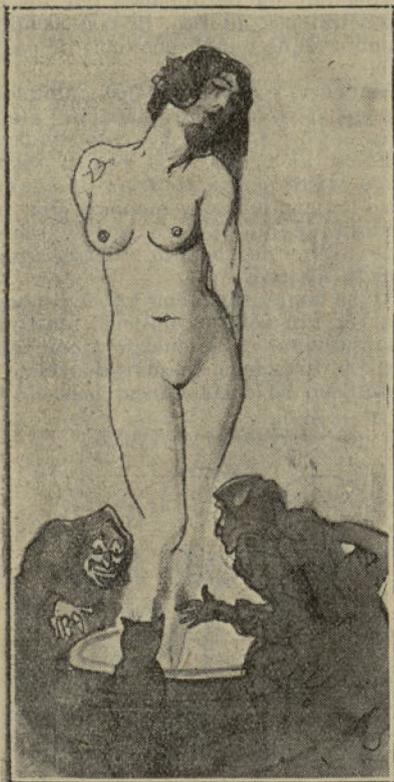
## CHIQUILLADAS



—Bueno. A ver si hoy eres buenecita y no te escapas de la chacha, ¿eh?  
—Eh, mamá, si es la chacha la que se escapa de mí...

acabado de comer y se siente hiposo, harto, mientras saborea á lentos sorbos el café, piensa con deliquios y arrobos de místico en el banquete de mañana, y muere comiendo. La glotonería le mata, como mata el amor, como matan todas las fuertes y obsesionantes

### REPRODUCCION ARTISTICA



(Tal vez tengamos que sentir por la reproducción de este artístico grabado. Sin embargo, á nosotros nos parece que esta mujer se presta para la reproducción.)

pasiones de la vida, esta vida tan asquerosa y tan encantadora, tan triste y tan bella. ¿No le bastaría haber asistido una sola vez á aquella fiesta de los sentidos, en que ella, generosa y compasiva, había sido adivinadora de lo que él era? ¿No le bastaría haber asistido en la sublime pantomima del amor?

¿No le sería bastante, y aun poca, toda la vida, á un hombre que no fuera vulgar, para conservar un dulce, perfumado y ardoroso recuerdo de su carne exquisita?

Los senos, manzanas y fresas que se muerden con delicia; las mieles de los labios, el dulce azucarado y delicioso de la lengua, la gruta misteriosa del cuerpo femenino, esa gruta en que estaría uno corriendo, saltando y jugando siempre, si la Vida no nos llamara y nos sacara de allí, con sus vulgaridades aterradoras y sus brutales necesidades. Gruta inolvidable en que todos los hombres hemos entrado alguna vez, y que ha guardado nuestros ensueños é ideales, iglesita silenciosa y triste de la que todos somos creyentes, ermita encantadora para penetrar en la cual es preciso, casi siempre, quemar el incienso de nuestras frases apasionadas, cueva alucinante y atractiva que de joven visita uno constantemente, cueva en la que, ya borrachos por el alcohol de la lujuria, vertemos á cada paso un líquido fuerte, precioso, divino, que da vida y mata al mismo tiempo...

Todas estas reflexiones se hacía Consuelo, y luego tornaba el pensamiento con angustia á la figura de Daniel: Daniel, celoso, absorbente, implacable como todos los grandes apasionados, que si supiera aquello jamás lo perdonaría. El perdón de ciertas ofensas es incompatible, no ya con la dignidad, sino con el verdadero cariño. Las infidelidades en amor son imperdonables. ¿Cómo ser ya feliz jamás al lado de un hombre ó de una mujer que ha abandonado nuestro cuerpo y se ha apartado de nuestro corazón, atraído por la nueva luz de unos ojos, por la nueva fragancia de un cuerpo? Tiránica, dominadora, implacable se alzaría siempre ante nuestros ojos, velados de tristeza, la figura del Otro ó de la Otra. El perdón es de seres cobardes, egoístas y sensuales. Es de eunucos del alma.

Ciertas deslealtades no pueden perdonarse, porque el perdón humilla, y hay crueldades é injusticias que uno propio no se perdonaría jamás, porque los grandes remordimientos son y deben ser eternos. He aquí el simbolismo romántico del dogma del Inferno, que, como el absurdo del fuego, en que no creen ni los propios teólogos, es ló-

gico y bello. Consolador para los oprimidos, poético para los que saben extraer el arte de todo. Poesía que neciamente tratan de borrar los escépticos vulgares y los borrachos de retórica revolucionaria, como Víctor Hugo. ¡Oh! Daniel no la perdonaría. Puede olvidarse el pasado, porque no ha podido evitarse. Si nos hubiéramos conocido antes... Si no hubiéramos hablado tan tarde... Aunque á veces se alza fantasmal, aunque á veces pesa como losa de plomo en el cerebro, un cariño fiel, constante y ardoroso puede borrarlo.

Quisiéramos que la mujer á quien amamos no hubiera conocido á padres, hermanos ni amigos, que hubiera salido de un desierto para caer trémula de amor en nuestros brazos; pero ya que esto es imposible, no nos hagamos la más pequeña traición mientras nos amemos; no tengamos sonrisas, encantos ni gracias para otros mientras subsista el cariño, y el día que éste muera tengamos la valentía honrada, noble y cruel de decirlo, aunque muera el ser á quien quisimos, aunque se hunda el Universo.

Dice un aforismo latino, que no digo en latín porque no me da la gana, porque aborrezco á los muertos, que «todos los seres sienten tristeza después del coito». Apotegma falso: todo lo contrario. Después de la cópula, la carne aquietada, satisfecha y tranquila, deja en paz al espíritu, que vuela y se eleva contento á todo lo grande, bello y sublime. El deseo insatisfecho hace arder la sangre, congestiona y atrofia el cerebro y produce misántropos, hipocondríacos, locos, suicidas, degenerados, idiotas, tuberculosos... La carne divina de las mujeres, consumida por el deseo como una flor agostada por el Sol; los hombres que se contentan con la parodia grotesca de las profesionales. Eso es lo triste y... lo sucio. ¡Yacer vibrantes de verdadero amor! ¡No hay nada más risueño, más alegre, más bonito y más encantador sobre la faz de la Tierra!



Consuelo, después del sacrificio de su cuerpo, sentía en su cerebro un caos, una mezcla extraña de remordimiento, de asco, de compasión y de desprecio. ¡Cómo pudo ella, alma del Renacimiento, que ponía por encima de todo la belleza de la forma, hacer el infa-

## PUERILIDADES



—Mi hermana mayor me debe tener envidia y nunca me deja meter baza en sus conversaciones con los pollos. En cambio, yo se la dejo meter á todo el mundo.

ble regalo de su cuerpo á un hombre inteligente y espiritual, pero risible y grotesco? ¡No lo reunía todo su Daniel? ¡A qué compasiones, á qué caridades ni sacrificios, que no serían comprendidos ni admirados, que serían tal vez recompensados con la más cruel ingratitude?

JOSÉ VALLESPINOSA.

**Lectores: Se aproxima el baile de «La Hoja de Parra». Lectoras: Se aproxima el baile de «La Hoja de Parra». Lectores y lectoras: Concederemos premios á las «aproximaciones».**

# Diálogo de Otoño

DE LA CALLE

SE quisieron mucho, cuanto se puede querer de los diez y ocho á los veinte años, con todos los celos, con toda la tragedia romántica que el sentimentalismo de los primeros amores pone en algunas almas cándidas... Luego, el carácter, los celos, la vida con sus veleidades les apartó. Al cabo de veinte años más, se han vuelto á encontrar, ya sin lágrimas, sin tragedia romántica, las pasiones y las angustias de ambos dulcificados por el roce de tantas otras pasiones y tantas otras angustias.

¿Qué se dirán estos dos viejos amantes que no tenga sabor de recuerdos?... En la espléndida cabeza de ella algunos hilos grises se asoman; la cabeza de él se va quedando tristemente calva; y una vaga sonrisa en los labios de ambos. Labios desilusionados, cansados, indiferentes, de los que ya nada esperan...



## CUESTION DE PRECIO



Ella.—¿A que no sabes lo que me ha costado esta sortija?

El.—No lo sé, pero me lo figuro.

El transeunte.—Diga usted, joven amable: ¿usted no le han tocado nunca el «caraboo»?

Ella.—Sí, señor: me lo ha tocado este, y con mucha gracia. ¿Qué ocurre?

—¿Y cuándo murió tu marido?

—Va á hacer ya dos años.

—¿Fuiste feliz?

—Mucho. Supo quererme. Supe quererle también. Al principio dudé de mi misma, pero luego... Fué tan bueno conmigo, que mi dicha excedió á mis esperanzas... Y tú, ¿qué has hecho? ¿Te has casado? ¿Has sido feliz?

—No me he casado. Mis devaneos y mis vueltas por el mundo me convencieron de que no debía hacerlo... ¿Feliz?... Sí, ciertamente lo he sido, cuanto puede serlo uno, si es que puede serlo, con dinero, con nombre, con placeres siempre nuevos. Por lo demás, nunca imaginé llegar á vivir tan tranquilo... ¿Recuerdas cómo era yo?

—Sí. Esas cosas no se olvidan fácilmente. Hubo días en que quisiste martarte por celos; por celos absurdos, ¡cuales no era yo culpable... ¡Cuánto sufrimos con aquellos amo-

res! ¡Cuántas ganas de morirme tuve el día en que rompimos!... Me pareció que no volvería á ser feliz más nunca.

—Y ya ves cómo lo has sido tanto!... También yo me enfermé entonces de tristeza, también creí perdida para siempre la felicidad.

—Y sin embargo, has sido feliz. Viajaste mucho, buscaste el olvido lejos...

—Sí; y tuve otros muchos amores, me harté de placeres y fui tranquilizándome y olvidándome de mi melancolía... Ahora, ya ves, ¿qué ha quedado de toda aquella tragedia sentimental de nuestros diez y ocho años?... Sólo unos pocos recuerdos que recordamos sin emocionarnos siquiera, como cosas que pertenecieran á otras vidas nuestras. Ni tú te has muerto por no haber sido mía, ni yo, porque no lo hayas sido, he dejado de ser un hombre más ó menos feliz, como lo es cualquiera, aun después de haber sufrido todas aquellas que me propuse sufrir cuando te amaba.

—Pero tú no has vuelto á amar de veras.

—Te engañas. Sí he amado, pero con tranquilidad, sin tragedia, sin celos, y si no me he casado ha sido porque no encontré ese mismo amor tranquilo en las que me han dado el suyo.

—¿Y ya has desistido por completo?

—Sí... ¿Por qué?

—Por nada... Porque yo quizá podría darte ese amor que no encontraste...

—No. Sería peligroso para ambos. Podría resucitar la antigua pasión y todo lo habríamos perdido, después de haber logrado en tantos años la serenidad para nuestras pobres almas.

—Es verdad. Mejor estamos así. Y luego, ¿para qué?... La vida nos ha dado ya cuanto podía darnos y seríamos necios en pretender más... Nos quisimos enormemente y, sin embargo, cada uno ha sido feliz sin el otro. A veces pienso que juntos quizá no hubiésemos llegado á ser dichosos.

—No, no lo hubiéramos sido, porque tú conmigo no hubieras llegado á ser lo que eres, ni yo contigo hubiera aprendido á ser lo que soy. Ig-

siempre, y ni tú hubieras tenido un marido que te hiciera feliz, ni yo—que encontré el olvido de tu amor entre aventuras fáciles—hubiera llegado á aprender á amar sin sufrir.

—Sí: pues que la vida lo quiere, respetemos lo que hizo y no resucitemos el pasado...

Y sobre los labios desilusionados, cansados, que en otro tiempo tanto se besaron y tantos juramentos de amor

INCERTIDUMBRE

TINO



—A mí me hace falta un hombre que sepa dónde tiene la mano derecha y para qué la tiene.

—¡Ah! ¿Y usted cree que yo no sé para qué la tengo?

se dijeran, quedó flotando la vaga sonrisa indiferente de los que ya nada esperan y á quienes ni siquiera pudo emocionar la evocación de sus amores.

ENRIQUE LOPEZ BUSTAMANTE.

Para toda clase de anuncios en esta Revista, dirigirse á D. Francisco Pastor, Juanelo, 1, segundo.

# "LA BACHILLERA"

## I

CARRETERA adelante iba el cochecillo tirado por «Mariposa», que guiaba el «tío Simón», levantando horrible polvareda; pero no ocupaban su interior, como de costumbre, sendos sacos de cebada y maíz, sino la señorita Elena, que venía de la ciudad á pasar los meses de Estío en sus propiedades.

Gozosa iba la hembra al contemplar

## DEL PUERTO



! El.—Chica, gracias al Municipio, pronto vamos á tener otro barco de vela. Alégrate por la parte que te toque...

Ella.—¡Con tal que no me toque la vela!

su vasto terreno campestre, al arrullo de un atardecer pletórico de melancolía y del campaneo de la vecina ermita.

Larga fué la jornada desde la estación ferroviaria de la vetusta posesión; mas, al fin, había llegado, y tiempo tendría de descansar su fatigado y maltrecho cuerpo.

«Cholín», tía Lorenza, Rafaelita y cuatro ó cinco labriegos más que formaban el personal de su casa de labor

salieron á recibirla dando visibles muestras de alegría.

Descendió del armatoste, con arrogancia y agilidad de gacela, é internóse en el ancho portalón de la hacienda, seguida por la fiel servidumbre. Minutos después, descansaba en las amplias habitaciones de la casa solitaria.

## II

—¡Eh, señorita!

Volvióse Elena.

—¡Llamabas, Lorenza?

—Sí, señorita.

—¡Qué quieres?

Deteníanse, á la labriegas, las palabras en la garganta, sin acertar á iniciar la petición.

—Pues verá usted... Es que...

—¡Vamos, dílo!

—... que el burrote de «Cholín» está haciendo de las suyas y molestando á las muchachas, y... quisiera...

—Que fuera á poner orden, ¿verdad?

—Eso es, mi señorita.

Encamínose con paso firme hacia donde estaban los labriegos.

—¡Tú, Benjamina!; di á «Cholín» que venga, que le llamo yo.

Poco después encontrábase ante Elena, el fornido «Cholín», tembloroso y con el sombrero en la mano.

—«Cholín»: es necesario que no me den más quejas de ti...

—¡Quejas!...

—Si; debes trabajar y no ocuparte de las mozas ni

molestarlas; de lo contrario...

—Señorita..., yo...

—Nada, nada más. ¡Ah! Y, desde hoy, deseo que después de la jornada vengáis á casa; quiero instruiros y quitaros vuestra rustiquez.

Asintió con la cabeza el gañán, y dirigió á Lorenza furibunda mirada, mientras que la señorita alejábase, fustigando nerviosamente sus amplias caderas, con un bejuco que aprisionaba entre sus dedos.

—¡Eres una chismosa, y te voy á dar!...—amenazóla el mozo.

—Mejor, mejor y mejor.

Acercáronse todas las mujeres.

—¡«Cholín» tiene razón! ¡Quién te mete á ti donde no te llaman? ¡Nos hemos quejado nosotras!

—¡Me he metido porque... porque me ha dado la «rial» gana, ea!—contestó furiosa Lorenza.

—¡Envidia y nada más que envidia!; como tú eres vieja...

—¡Deslenguadas! ¡Sinvergüenzas! Me quejaré á la señora.

—¡Rabia, rabia, rabia!...

Y alejábanse dando carcajadas y frotando un puño contra otro, mientras sintiéndose elevado al espacio al ver que «Cholín», allá lejos, envaneciáse que su persona era el motivo del enfado de las mozas.

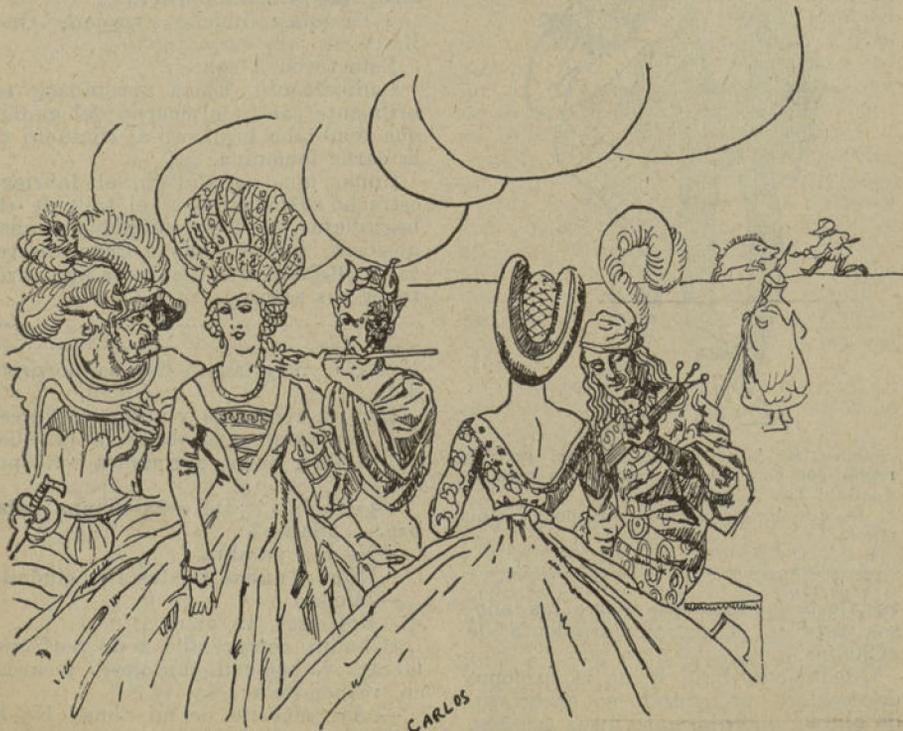
## III

Ya hacía tiempo que los labriegos recibían la enseñanza de «la bachillera», como ellos la denominaron. Si no mostrábanse muy satisfechos de la sujeción que se les imponía y del tiempo que les restaba para el «rondeo» de las mozas, amortiguábase este enojo ante la bondad y agrado con que Elena les trataba.

«La bachillera» íbales inculcando en su mal trabajada mente conocimientos que, hasta aquella fecha, fueron ignorados para ellos, suavizando la aspereza de sus almas salvajes y haciendo luz en la nulidad de sus cerebros.

Más que ninguno, adelantaba en la enseñanza el enamorado «Cholín», atribuyendo esto sus compañeros, á

## A TRAVES DE LA HISTORIA



En la antigüedad se vivía en **Bueno**, espectáculo cinematográfico: todo Dios se pasaba la vida «tocando». Como en el «cine». (Como... puede verse.)

los exquisitos cuidados que Elenita prodigábase al explicarle las lecciones.

Cierta noche, después de la clase, «Cholín» sintióse asido por las mangas de su burda camisa, y quedándose atrás de todos, hallóse frente á su señorita, que vertió en sus oídos unas palabras que á él parecieron anuncio de futura conquista.

## IV

Observaba inquieta Elena, acodada en el alféizar de una ventana, ansioso la aparición del esperado. Momen-

## DE LA VIDA



—Pues, sí; yo tenía un amante; pero he reñido con él porque me sacudía la ropa.

—¡Bah! Eso no era una falta.

—Es que me la sacudía cuando la tenía puesta...

tos después destacóse entre los añosos árboles la figura corpulenta de «Cholín».

Quedamente bajó Elena la carcomida escalera, procurando no hacer ruido alguno que alarmara á sus criados, y encontróse en el zaguán de la casa.

—¡«Cholín!»! Te llamé para amo-

nestarte. La otra noche te vi saltar la tapia del corral y hasta oí la conversación que sostenias con...

—Señorita, yo...

—Sí, tú..., con Rafaela. También llegó hasta mis oídos tu inconveniencia con las mozas.

—No, no es cierto.

—Sí, es cierto. Dijéronmelo personas que me merecen entero crédito, y no he de dudarlo.

—Pero, que yo...

—Que tú... (Elena aproximóse más á «Cholín».) Dime: ¿acaso en tus rudos movimientos encuentran gracia y gentileza las...?

«Cholín» sonrió socarronamente, y sus pupilas refulgieron.

Lentamente, en su paseo, aproximáronse á unos abetos.

—¡ Hermosa noche!

«Cholín» asintió, mientras las aletas de su nariz dilatábanse.

La hembra, encendida como una amapola, preguntóle rápida:

—Tú amaste mucho, ¿verdad, «Cholín»?

Este tornó á sonreír.

Ladinamente, Elena apretábase terriblemente contra el cuerpo del gañán, que temblaba lujurioso al contacto de la carne femenina.

Como una exhalación, el labriego estrechó atrevidamente el talle de «la bachillera», y los labios buscaronse ansiosos, á la par que la Luna, discreta, ocultábase tras una nube para proteger sus amores.

¡Raro, muy raro! Estaba sorprendida.

Bajo la rustiquez y aparente fiera del campesino ocultábase la placidez de un amor dulce, que nunca soñó poseer.

—¡«Cholín!»! ¡De esto, ni una palabra!... ¿Sabes?

—Ni una palabra.

—Dime: ¿nunca fuistes á la ciudad?

—Jamás.

—Entonces, tu amor...

«Cholín» comprendió todo perfectamente, y, haciendo un gesto pícaro, respondióla:

—¡Ay, señorita de mi alma! No le extrañe; para el amor no se «necesita» saber de letras.

## DE SANGRE AZUL

Las dos amigas se abrazan estrechamente, alegres y emocionadas a la vez.

Son las dos encantadoras. Pero la belleza de Jacinta es una belleza exuberante y ostentosa, una belleza magnífica é impúdica de cortesana antigua: huele como las flores, y es alegre como los pájaros. En cambio, la belleza de Rosario es una belleza que dice más al alma que á la medula: una belleza de pálida virgencita de marfil: le hubieran sentado muy bien las monjiles y candidas tocas, y con ellas se hubiera asemejado seguramente á aquella ingenua novicia que, según cuentan las leyendas, enamoró sin quererlo y sin saberlo al donjuanesco rey-poeta...

Están en casa de una de ellas, Rosario. Y el salón donde están—la única pieza verdaderamente habitable de la casa—es un salón que debió ser casi regio allá en sus buenos tiempos, pero que ahora, á pesar de la limpieza, tiene un lamentable aspecto de vieja

### LA CRISIS DEL TRABAJO



—No os apuréis. He leído en un periódico que se necesitan dos obreras para trabajar á él.

### REFORMAS OBRERAS



—Señorita, perdone mi atrevimiento; pero le advierto que este es el barrio de las casas baratas.

prendería: los muebles grandes tiemblan como ancianos paralíticos; las sillas, cuando alguien reposa en ellas, dan un quejido angustioso, y un antiguo reloj de mármol amarillento—color de calavera—, cansado de andar, tiene inmóviles sus doradas manecillas.

Jacinta y Rosario, íntimas amigas de colegio (tan amigas que juntas aprendieron los bellos pecados de color de rosa), hacía algunos años que no se habían visto, y ahora, en deliciosa intimidad, cuéntanse sus vidas y amores. ¡Lástima grande que su diálogo, al pasar de sus labios á mi pluma, pierda tanto en gracia y en viveza! Este es al principio, en preguntas y exclamaciones solamente, un diálogo al igual que el que entablan los bulliciosos pájaros y rumorosas fuentes: un diálogo completamente inteligible para nosotros los profanos. Al fin, Jacinta, ya más serena, dice:

—Ya ves, no puedes quejarte: llegué ayer noche, y hoy mi primera visita ha sido para ti.

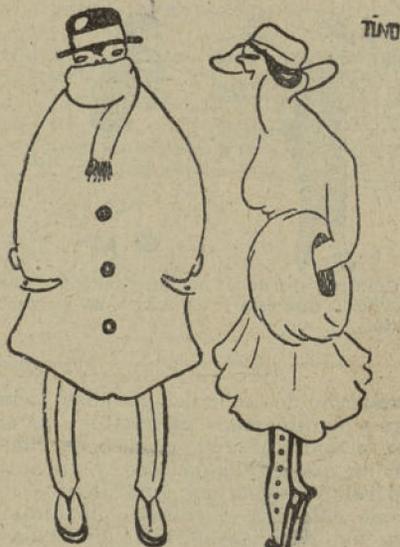
Rosario (contemplándola admirada). —¡Y qué hermosa estás, y qué enjocada, y tan elegante!... Y di: ¿con qué príncipe millonario te has casado? ¿Porque ni esto me has escrito!...

Jacinta (esforzándose en sonreír y procurando desviar el diálogo).—No me he casado. Y tú, ¿cuándo te casas?

Rosario (con una pena muy honda, que constela de lágrimas sus ojos).— ¡Yo, nunca!

Jacinta.—Pues Carmen Pilares me dijo, y me dijo que de buena tinta lo sabías, que te casabas con el condesito de los Naranjos.

## ACORTAR LA DISTANCIA



—¿Vive usted lejos, señorita?  
—Eso depende de donde vivá usted...

Rosario es generalmente una muchacha seria y reservada, que guarda como un secreto sus pesares; pero ahora Jacinta ha removido todo lo más doloroso y cruel que hay en su vida, y se siente presa de una infinita ternura que le hace llorar, y espontáneamente brota en sus labios la pena que enferma su alma en desconcertadas razones.

—Yo no me casaré nunca—viene á decir—. Ya ves: mi pobre juventud se pasa, y con ella el encanto de mi vida, y pronto empezaré a envejecer, con esta vejez triste y sin tránsito de las mujeres solteras. En cambio, si mi madre no lo hubiera impedido, ahora estaría casada con Juanito Rodríguez, y seguramente tendría una niña bella y rubia, y sería feliz, y no le temería á la vejez ni á la muerte, porque vería reverdecer en mi hija todas mis viejas ilusiones, y hasta vería en ella, como en un espejo encantado, renovarse mi juventud, mi belleza, mi vida toda...

Tú ya conociste á Juanito Rodríguez: era aquel muchacho simpático y pícaro que me quería tanto. Pero

mi madre me obligó á reñir con él porque no era mas que un empleado de comercio con muy poco sueldo y muy poco porvenir, y, además, hijo de una familia muy humilde. «¡Y cómo habíamos de consentir nosotros, los condes de la Alameda Hermosa—me decía mi madre—en entroncar con los Rodríguez!... ¡Me moriría de pena y de vergüenza!» Y para convencerme lloraba y me recordaba la hidalga nobleza de mi padre. Nobleza que consistió, según entiendo, en preferir arruinarse á ennoblecerse de verdad con una ejecutoria de trabajo.

Y, al decir esto, su voz vibra enérgica y colérica, y sus labios tiemblan, y se encienden casi fulminadoras sus pupilas: parece un ángel con ira.

Jacinta (insistiendo).—¿Pero no ibas á casarte con el condesito de los Naranjos?

Rosario.—¿No vuelvas á nombrármelo!... Si en mi vida hay algo bochornoso, es el recuerdo de este hombre. Rico y noble, era el ideal que mi madre soñaba para mí. Era además guapo y apuesto; de complexión viril, bigotes fanfarrones y febril mirada, de charla amena, que á veces sabía á

## LA MENOR POSTURA



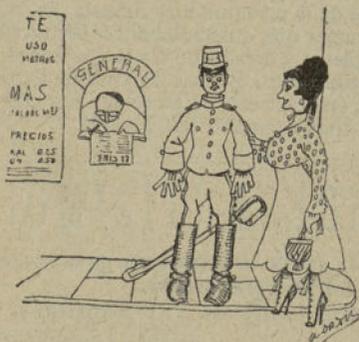
—¿Qué quieres? ¿Que te dé una pequeña participación?

Rosario.—No, gracias. Yo ya no me conformo con menos de un billete entero...

madrigal y á veces tenía un festivo decir lleno de gracia, diríase que era el acabado tipo de Don Juan. Prendió completamente la voluntad de mi madre, y se fué poco á poco adueñando de la mía... Pero un día, cuando él ya me creía completamente fascinada, me hizo proposiciones vergonzosas... (Sollozando y escondiendo el rostro, enrojecido, entre sus manos.) No, no me quería por esposa: me quería... ¡de querida!...

Jacinta (riendo estrepitosamente y con acento irónico y declamatorio).—Y tú, entonces, te ofenderías, sentirías arder en tu sangre todo el orgullo de tus antepasadas, y, con el gesto altivo y teatral de una princesa antigua, man-

### ¡LA BIBLIA!



Ella.—No te molestes; tengo desde esta mañana dos entradas de paraíso.

El.—Pues la has hecho buena.

Ella.—¿Por qué?

El.—Porque estoy viendo que nos van á echar del Paraíso...

darías al osado que se alejara de tu presencia para siempre.

Rosario (con la voz rota en sollozos).—¡Claro!

Jacinta (con altivo cinismo, revelando su alma magnífica y revolucionariamente inmoral de cortesana).—Hiciste mal, muy mal. Porque á las mujeres como tú y como yo, no teniendo bienes de fortuna, han sido educadas para ser grandes señoras, la sociedad les ofrece estos dos caminos solamente: el casorio con un empleadillo de mezuquino sueldo y de mezuquina inteligencia, que

no sepa hacernos soñar ni comprendernos, ó el camino que el conde de los Naranjos te brindaba. El primer camino es el camino que recorren las pobrecitas feas, los espíritus pusilánimes; el otro es el que debemos recorrer—y en automóvil y batiendo palmas—las hermosas, las que tienen como yo el corazón aventurero, ansioso de fuertes y vibrantes emociones, y la cabeza un tanto alucinada por el loco cantar del pájaro azul de la ilusión... Es el camino que tú debes seguir también, porque el otro te lo cerró tu madre al hacerte reír con Juan Rodríguez, y no suele presentarse en la vida mas que una ocasión propicia. En cambio, el camino aventurero de los amores fáciles—más ó menos florido—está siempre expedito. Y si no has caído ahora, caerás más adelante, cuando hayas empeñado el último mueble y el último colchón, cuando tu madre esté enferma y tú te sientas desfallecer de hambre sobre una labor estéril... Y entonces caerás más hondo, más cerca de los pudrideros de hospital, porque la implacable miseria habrá puesto en tu semblante su trágica carátula... Que para esto nos han educado en un colegio donde no se aprende nada útil, y para esto la sociedad retribuye de un modo miserable—como dando una limosna—el trabajo manual de las mujeres...

D. GUANSE SALESAS.

**FOTO** grafías artísticas del natural. Catálogo detallado. 30 céntimos sellos de correo; con varias muestras surtidas, 4 pesetas, giro postal.

**B. Leonard, sucesor**  
**Calle Padua, Barcelona.**

Agentes exclusivos en Suramérica,

**MASIP Y COMPAÑIA**

**RIBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES**

**Viuda de José Lerín**

encargada de la venta de **LA HOJA DE PARRA** en Madrid (**Abada, 22, tienda**).

# PASTORA IMPERIO ■ ■ ■ LIBRO DE INTIMIDADES

UN TOMO EN 8.º DE 130 PÁGINAS, 2'50 PESETAS

CONTIENE ESTE LIBRO: «El relicario de sus confidencias». — «Cómo empezó á bailar Pastora». — «La gloria del *début*». — «Los dos duros más bendecidos». — «Por qué pasó á llamarse Pastora Imperio». — «Un célebre baile de máscara». — «Los comienzos de la Fornarina». — «Los amores de la Imperio y el Gallo». — «La Imperio sueña con ingresar en un convento». — «La Imperio, en su hogar». — «Su devoción por la Virgen de la Esperanza». — «Caridad hermosa», etc., etc. — Una magnífica portada y profusión de fotografías. — Se envía á provincias, certificado, por 3 pesetas en sellos de Correos, ó Giro Postal. — Los pedidos, con su importe, únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid.**

Exportación por mayor de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — **ON PARLE FRANÇAIS.**

## ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUES

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por Giro Postal á *Archivo*, Apartado 432, Madrid.

## CUATRO LIBROS INTERESANTÍSIMOS

«Misterios y secretos del lecho conyugal» (dos tomos con grabados).

«Tortilla al ron» (un tomo de 260 páginas).

«Los quince goces del matrimonio» (un tomo de 192 páginas).

Se remiten, certificados, á provincias los cuatro tomos por SEIS PESETAS. Al Extranjero van por SIETE FRANCOS Ó UN DOLLAR.

LOS PEDIDOS, CON SU IMPORTE, ÚNICAMENTE Á ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DERECHA, MADRID.

**Biblioteca privada.** — *Catálogos gratis, remitiendo sello de 0,50 pesetas.*

Exportación de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero.

### LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS  
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)  
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

### ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. — «Memorias, etc., etc.»

Marqués de Cubas, 7.-Madrid